



SIN ALARDES...

FRANCISCO SECADAS

Resumen

El autor ofrece un recuerdo personal de tres figuras iniciadoras del desarrollo de la psicología científica en España después de la Guerra Civil: José Germain, Mariano Yela y Manuel Ubeda OP. Se hace mención de algunas de sus principales contribuciones psicológicas.

Palabras clave: Psicología española, Historia de la psicología.

Abstract

The author offers some personal souvenirs related to three pioneers of the Spanish scientific psychology: J. Germain, M. Yela and M. Ubeda, OP. They greatly contributed to the development of the field after the Spanish Civil War. Some of their contributions are here mentioned.

Key words: Spanish psychology, History of psychology.

Otros contarán la historia. A mí me toca sólo decir cómo viví aquel trance, y cuánto le debo a tan singular oportunidad; cómo veo a Germain en el retrovisor, y qué significaron para mí los compañeros en aquel momento de nuestra Psicología.

La misma vocación que me llevó a cursar estudios psicológicos en universidades alemanas, truncados por la guerra mundial, me indujo a opositar a una plaza de becario en el Departamento de Psicología Experimental de C.S.I.C., donde completé la carrera investigadora opositando a colaborador científico, investigador y profesor de investigación, antes de acceder a la cátedra de Valencia. Durante ese largo período de mi vida tuve ocasión de admirarles y aprender mucho de todos.

No puede definirse la vida sin la muerte, según Ortega. "You never know what life is till you die", dice Browning. Pero entonces, pienso, nadie en vida puede conocer lo que la vida es. Al menos, la suya propia. Paradoja inquietante que, sin los alardes de Horacio ("non totus moriar"), nos permite confiar en seguir viviendo en los demás. Es la gratitud que debo a los amigos idos: Germain, Yela y Úbeda.

Germain, Maestro

Se comprenderá que eluda el panegírico y pase a emitir algunas de mis cavilaciones personales en torno a la figura de Germain y a la coyuntura que, en parte, conviví, pensando

también en el derecho de los psicólogos jóvenes a un indicio del sentido que tuvo para quienes le trataron.

Germain congregó en torno a sí un grupo de intelectuales. Fue sedante y estímulo de una amalgama de mentes inquietas. No formó esas inteligencias, no fue en realidad maestro porque enseñara, aunque algunos cariñosamente así lo llamen. Pero no es maestro el que enseña, sino aquel que consigue que los alumnos aprendan; sobre todo, el hábito de aprender, incluso unos de otros; quien estimula a pensar por sí mismo, como agradecía Nils Bohr de sus profesores. Aprender a aprender, que decía Zaratustra. La querencia que nos acercaba a la Psicología, y que nos llevó más allá de las fronteras en busca del manantial, era anterior al encuentro con Germain o funcionó al margen de su influjo y doctrina. Pero el reencuentro en torno a él, y de unos con otros, insufló en todos nuevo aliento y aunó eficazmente los empeños. Germain respetó la diversidad. Y queriéndole todos entrañablemente, podía cada cual distinguirse dentro de la empresa común y del clima amistoso reinante.

Una nota típica de los científicos eminentes, y singularmente de los premios Nobel, según Zuckerman, es que se arriman instintivamente a los maestros egregios, aun antes de que sean reconocidos públicamente como tales, “no por los conocimientos, sino por el contacto: ver cómo trabajan, cómo piensan, cómo se comportan, su estilo de pensar...”

Pero me pregunto cuál pudo ser la razón de que un plantel de impulsores de nuestra Psicología se congregara, precisamente, en derredor de Germain, y no de otro cualquiera.

Líder facilitador

Líder se dice de muchos modos. Es término, cuando menos, análogo; y en ocasiones, equívoco. ¿Fue líder Germain? De algunas maneras, ciertamente. Un modo sutil de proclamarlo era la forma habitual, cariñosa y mirada a la vez, de dirigirnos a él: “Hola, Doctor”, “¿qué opina, Doctor?” Los demás, por lo común, nos tuteábamos; pero no he conocido manera más deferente y cercana de emplear el “usted”. Tenía la elegancia del buen gusto desatendido. Respetaba sin marcar distancias, y sin empeñarse en borrarlas. Prescindía de ellas por hábito, y seguía tratando con llaneza.

Ser democrático comienza por ponerse trabas a sí mismo ante la mera posibilidad de abusar: en la sociedad, interponiendo instituciones vivas; en grupos menores, dando autonomía a los individuos. Germain creó un medio humano e intelectual donde no podía ser demagogo ni despótico.

Jamás coartó las iniciativas. Por el contrario, las estimuló, quizá en ocasiones con el presentimiento doloroso de estar contribuyendo al distanciamiento. Esto le coloca del lado del líder *facilitador*, más centrado en las tareas que sobre las personas, resonando la intención colectiva, y consciente de que su función no es mandar sino asistir. De Lorenzo de Médicis, promotor del Renacimiento, cuentan que “la reglamentación más sencilla, por mucha libertad de acción que permitiera, hubiera sido contraria a su opinión de que la fuerza sólo debía aplicarse a su objeto propio” (H. Koch, *Miguel Ángel*).

En cualquier caso, Germain no tiraba del grupo, no lo arrastraba; lo hizo posible y lo impulsaba y alentaba. Me recordaba al *sans-culotte* de la Revolución Francesa que —según nos contaba O. Klineberg, invitado del Departamento—, al ser detenido en un motín, increpaba a los gendarmes: “Soltadme, que soy el organizador de esa algarada y tengo que ir *detrás*”.

Lejos de la exuberancia vital y de la expansión locuaz, destacó por el control emocional y por la comprensión humana. Ni se impuso por ambición o afán de mando, sino por su serenidad exquisita y por la finura de modales.

Mirándolo ahora, en la edad curtida, veo en él cumplidas las cualidades que Bowers y Seashore encuentran en numerosos análisis del liderazgo *democrático*: relaciones de apoyo, estímulo a la interacción, énfasis en la meta, facilitación de la tarea.

No estoy seguro de que en aquellas circunstancias fuera posible una mediana claridad acerca de los rumbos que habría de tomar la Psicología, y acaso desbordara la sagacidad de cualquier psicólogo de entonces. Pero admiraré siempre, como un milagro, el éxito en mantener aunadas las voluntades, y amigos los sentimientos de tanta gente de iniciativa. Yo diría que acertó a ser acicate de las autonomías individuales.

Los psicólogos no podían seguir a Germain, porque la Psicología se estaba abriendo como flor tempranera, cercana todavía al germen. Pero lo cierto es que Germain acaeció en el momento oportuno, en un período efervescente y turbio, entre la psicotecnia alemana y la estadística sajona, entre el análisis de la experiencia y el conductismo rígido, entre el asociacionismo y la Gestalt. La antigua estancia en Oxford temperaba su experiencia psicotécnica y su formación germana.

Se estaba consolidando un ciclo y abriendo otro, aparte que una de las psicologías había perdido la guerra. Urgía afianzar sólidamente lo edificado para pisar con pie firme el umbral de la nueva ciencia. En nuestros términos, había que *suprimir*, es decir, dar por asimilada y zanjada la Psicología anterior, y contar con ella para acometer la nueva. Germain hace, a mi entender, de chamela entre dos épocas de la Psicología española. En él veíamos asegurada la etapa precedente, con lo que podíamos aventurarnos a lo desconocido sin temor a perder el arca de la tradición. En esta función mediadora, Germain compendia un magisterio latente, subálveo, y cuenta entre las pocas figuras de la psicología española para quienes el olvido de las generaciones jóvenes será timbre de gloria.

Mariano Yela

Quiero hacer notar la oportunidad de que Yela y Úbeda recalaran entre nosotros, de regreso de América, en el momento oportuno, y en circunstancias temporales y sociales nada claras tocante a los rumbos de la psicología. Úbeda y Yela traían aires frescos, entusiasmo investigador y bríos renovadores y, con Pinillos, Siguán, M.E. Romano, Jesusa Pertejo, Forteza, García Yagüe y algunos más, se inició con toda sencillez una etapa abierta, gestada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ensayada en la Escuela de Psicología y culminada en la Universidad, cuya exuberancia nunca presentida testimonian hoy las nuevas generaciones de psicólogos.

No fue fácil para Yela. Una tarde de verano del año 1950, de vuelta de los congresos de Estocolmo y Gotemburgo, en una plaza recoleta de Lovaina, sentados en el brocal de un estanque, a nuestra espalda el susurro de la cascada y en el aire el tañido de los campaniles de una iglesia cercana, me expresaba Mariano sus vacilaciones sobre si regresar a España o continuar haciendo psicología experimental allí mismo con Michotte.

– En España, decía, no se puede hacer la ciencia psicológica que he practicado en Chicago y en Lovaina, y que es mi vocación.

– ¿Y cuándo se podrá hacer si tú no regresas?, le sugerí. El rigor metodológico no se improvisa, y tú puedes implantarlo. Las nuevas generaciones harán ciencia sobre los cimientos que tú asientes. Entonces habrá Psicología para todos, incluido tú.

La reflexión fue más larga, pero él se la había hecho de antemano, y ahí radicaba el reconcomio y el conflicto. Porque, como superdotado auténtico, era radicalmente solidario.

Yela, científico riguroso y filósofo por naturaleza, derivó felizmente, por vocación, hacia la psicología, siguiendo un tirón natural en pos del hombre, la última hipótesis, que fue su gran motivo e íntima comezón: del hombre con sentido, como V.E. Frankl; o quizá mejor, del sentido del hombre, hasta donde por la vía psicológica es alcanzable.

Recuerdo lo mucho que le chocó a D. Juan Zaragüeta, de mentalidad filosófica, la idea vertida por Yela en su tesis doctoral, de que el objeto de la Psicología científica fuera *la conducta humana*. A ese nivel habría que formular las leyes.

Pero no quedó varado en un estéril conductismo. Traía en la mochila un proyecto de investigación de la *aptitud mecánica*, la unidad funcional que subyace a los tests espaciales, en el cual nos enroló a todos, comenzando por adaptar los tests que luego someteríamos al análisis.

El análisis factorial

Si entendemos por *inducción* el razonamiento que generaliza a partir de hechos concretos, el análisis factorial es concebible como un tipo de proceso inductivo, por cuanto cada factor decanta lo que es común a un grupo de variables correlacionadas, es decir, lo que es generalizable; y de vuelta, aplica esa propiedad a un conjunto de elementos de la matriz original, con exclusión de otros. De este nivel para arriba suelen operar las hipótesis científicas.

“El objeto del análisis factorial, escribe Thurstone, es descubrir el orden subyacente en un sistema de variables e identificar la estructura que las soporta... En otros términos, revelar *unidades funcionales*... Como científicos, hemos de creer en la posibilidad de encontrar un conjunto de categorías para entender la mente, las cuales, por su simplicidad, son prioritarias en la formación de nuestras ideas”. “El investigador asume que los fenómenos mentales se articulan en *funciones identificables*, las cuales no siempre participan por igual en cualquier cosa que la mente realiza... Estas funciones mentales son las que busca el científico, con la esperanza de verificarlas experimentalmente... No se prejuzga la naturaleza de tales funciones, ni si son congénitas o adquiridas, o si responden a localizaciones cerebrales”.

Dos cuestiones definirían, pues, la problemática: la detección de *estructuras* de comportamiento, y su réplica *neurológica*. En lo primero, Yela era versado como pocos; en lo segundo, ningún puntal podía imaginarse más sólido que Úbeda.

Tal vez la mejor síntesis de la primera cuestión nos la proporcione el mismo M. Yela, discípulo de Thurstone y profundo conocedor y teórico del análisis, al concluir que “el análisis factorial no puede decirnos lo que es la inteligencia ni qué es el conocimiento ni cómo son las operaciones psicológicas. Lo único que permite es distinguir las *unidades de función* que las operaciones psicológicas manifiestan en la conducta; y ello, de manera aproximada y probable”.

También en esto ha seguido dramáticamente las mutaciones de la ciencia, a juzgar por la idea, emitida en ocasión solemne, de que “la característica más radical de la inteligencia humana reside en que introduce en la evolución de la conducta de los seres vivos una nota nueva y distinta: la metaconducta. Todos los seres vivos se conducen. Sólo el ser humano puede darse cuenta personal de lo que hace. Sólo él puede, por consiguiente, volver sobre su conducta, indagarla e interpretarla”.

El Padre Úbeda

A Manuel Úbeda Purkiss, profundo conocedor del cerebro, le estaba reservada una labor similar en el campo de la neuropsicología. A través de las técnicas propias de su especialidad, supo ver la autonomía de lo psíquico en la conducta, que le da sentido, como el *lógos* de Heráclito a la corriente de la vida, a modo de glomérulos de condensación del flujo, que la remansan. Todo fluye, al nivel orgánico igual que en la corriente de la conciencia como la llama W. James, y como en el cosmos; pero la psique amarra en estructuras dinámicas, como los circuitos recurrentes, las mismas *unidades de función* donde se asientan las habilidades que integran la personalidad y que son objeto específico de la psicología.

Me figuraba a Úbeda, entre nosotros, como a Lorente de Nó en las Américas, insemnando la ciencia de la conducta con la siembra de Cajal, una de las pocas huellas españolas identificables en la ciencia contemporánea.

En todos los órdenes, científicos y administrativos, su mediación fue decisiva para institucionalizar la nueva ciencia.

Ver al sabio alojado en el hombre cabal fue para mí el mejor paradigma, y sigue siendo el prototipo de hombre entero y sencillo al que idealmente se aspira.

Para entendernos

Entendemos las cosas en contextos, y ello nos permite obrar inteligentemente. No sabría expresar el sentido crucial de aquel momento sin recurrir a una digresión que a mí me lo aclaró, y por la cual pido disculpas.

En un trabajo sobre “La inteligencia en el arte”, aparece el arte italiano del Renacimiento definido por las técnicas: *relieve, luz, matemática, perspectiva...* Me pareció interesante descubrir *cuándo* ocurre esta transformación y *por qué*. Y en concreto, en qué medida el cambio depende de la inteligencia y, en consecuencia, qué influjo ejerce la inteligencia en la transición del Gótico al Renacimiento.

Lo que realmente más me importaba era ver si el salto de un estilo a otro se explicaba por haber escalado los artistas un peldaño intelectual al pintar; por haber empleado los renacentistas procedimientos de nivel mental más alto que los medievales. En definitiva: si para progresar en el arte hubo que ascender algún tramo en la *tectónica* de la inteligencia.

Elegí como campo de experimentación la Galería de los Oficios de Florencia, donde, como en sitio alguno, se suceden las muestras pictóricas que causaron esta mutación, y precisamente en el orden en que aparecieron. Para indagarlo fue preciso estimar la relación que guarda cada una de las salas del museo con los niveles de inteligencia hallados en nuestros trabajos factoriales y evolutivos.

Las variables de inteligencia incluidas en el análisis fueron:

[E-T]: Senso-motricidad e imagen, inteligencia concreta

[A]: Inteligencia combinatoria, cálculo

[S]: Semántica

[R]: Razonamiento lógico

[P]: Pensamiento conjetural

Una vez probado que tales estratos evolucionan en el sentido de la lista, y que se superponen en ese orden como niveles en la *tectónica* mental, me pregunté, en concreto: ¿se asciende de nivel intelectual conforme se avanza en la visita de las salas del museo?, ¿en qué salas se produce el salto?, ¿a qué es debido?

Partía de la sospecha de que, igual que en la Atenas de Pericles la humanidad dio un salto desde la curiosidad por las ciencias naturales a la filosofía y, con ella, al razonamiento y a las letras, de modo parecido se produjo en Florencia la eclosión de algún poderoso impulso aletargado de la inteligencia, que renovó la mente humana y tuvo profunda repercusión en el arte.

Contando con estos datos sobre la inteligencia y sus fases, acometí el doble intento de: 1) reducir todas las características observables de los cuadros, desde el S. XIII al S. XVII, a las tendencias típicas de cada época; y 2) referir dichas tendencias a los niveles de inteligencia plausiblemente operantes en cada muestra de pintura.

El recorrido de las salas, cuadro por cuadro, confirmó la hipótesis a lo largo de la Galería, marcando la transición del Gótico al Renacimiento, a través de un período crucial, el *Quattrocento*, gracias a la implantación de las técnicas mencionadas.

La pintura medieval apenas supera la inteligencia *espacio-temporal* [E-T]. Responde a la percepción espacial, casi siempre estática, abriendo paso premiosamente al simbolismo [S] y a la imaginación que representa los objetos en su ausencia, pasando por alto el tramo [A], que es introducido de lleno en el período siguiente.

Durante el *Quattrocento*, sobre todo en su segunda mitad, se observa una mutación profunda, asociada a la inteligencia *Automática* o *Combinatoria* [A], principalmente a través de la movilización

de las imágenes y por la aplicación de la geometría científica y del cálculo a la expresión del relieve. La perspectiva, el escorzo, la pluralidad de objetos pintados, la opacidad de los sólidos interpuestos, la regularidad de los fenómenos naturales (sombra proporcional a la altura del árbol) etc. convierten el dibujo en *inteligente y técnico*, por encima del nivel combinatorio.

En el Renacimiento estas técnicas se vuelven *instrumentales*, aplicándose automáticamente para expresar, *con las figuras mismas*, los sentimientos estéticos del pintor.

La pintura sigue el mismo orden secuencial de desarrollo que la inteligencia, hasta donde se lo consienten las limitaciones del propio arte.

El histórico avance renacentista habría consistido en incorporar *el factor [A]* como impulsor de las actividades culturales y, por tanto, de las artísticas. Contando con los conocimientos heredados del plano [E-T], replanteó el acceso del arte a la expresión plenamente humana [S, R], a través de las ciencias exactas y de las técnicas derivadas [A], preteridas u orilladas por los clásicos.

Flotaba en el ambiente. "Me ha agradado siempre conversar con personas cultas, dice Miguel Ángel, y no ha existido en Florencia, que yo recuerde, científico alguno que no haya sido amigo mío". Y no se olvide que Brunelleschi se asesoró de su amigo, el matemático Torricelli, para resolver el enigma de la cúpula de la Catedral, que puede considerarse el punto de inflexión del arte clásico al renacentista.

Lo decisivo en el salto es que el renacentista aprovecha los logros del *Quattrocento*—los utiliza en estado *suprimido, instrumental*— para elevarse a la expresión semántica a través de la figura misma, sin adminículos interpuestos, hasta rozar los linderos del *razonamiento y las formas superiores de la inteligencia [S, R]*. Importa sobremanera recalcar este carácter *instrumental* de las técnicas que, en su momento, fueron una conquista de mentes creativas y aun geniales, para convertirse luego en rutinas. Así ha ocurrido con todos los inventos, como el teléfono, el microscopio, el ordenador, el automóvil, la televisión, y hasta la pinza de colgar la ropa, que costó sudores inventarlos y luego son manejados por usuarios legos. La importancia reside en que la iniciativa turbadora y arrascada del momento creador se torna en *habilidad automática* y en *hábito instrumental* que capacita al artista para hacer las cosas "con mejor estilo", sencillamente y sin pensar en ello.

Entiendo la estética como la intención del artista de producir determinada impresión en quien contempla la obra, utilizando para ello todas las "artes", habilidades y recursos técnicos que tiene a mano, tanto los automatizados y *suprimidos*, como los conscientes y producto del ingenio. Contemplando el cuadro de la Cena, de Leonardo, y trazando imaginariamente las líneas de perspectiva, se observa que la cabeza de Jesús ocupa justamente el *punto de fuga* o lugar de convergencia de dichas líneas. Y lo singular del caso es que la técnica perspectiva, desconocida en el románico, en el bizantino y en el gótico; que, tras un período de intensa investigación, se trató matemática y geoméricamente en el primer *Quattrocento*, justamente en Florencia; y que llega a *automatizarse* en Ghirlandaio y contemporáneos; pasa finalmente a convertirse en instrumento *inconsciente* de creación en pintores geniales como Leonardo, Miguel Ángel y Rafael. Y no para aquí la cosa sino que el efecto *creativo* del artista remueve las capas inconscientes del espectador que, sin quererlo ni saberlo, contempla el cuadro centrandolo en Cristo la mirada.

Si el pleno desarrollo de la inteligencia se define por la actividad conjunta de los planos [E-T], [A], [S], [R] y [P], entonces somos deudores al Renacimiento florentino, y más concretamente al *Quattrocento*, de la pujanza adquirida por el factor *automático* de la inteligencia [A] como determinante de la vida y de la técnica modernas. Y lo verdaderamente asombroso es que este salto cualitativo, este revulsivo que agita y compromete al hombre entero ante la obra estética, se debe al hecho de haber montado la obra de arte, no directamente sobre la contemplación nuda de la naturaleza, sino a través del tinglado de la técnica y de la ciencia matemática, es decir, *sobre el factor [A] de la inteligencia*.

Con esta divagación he intentado resumir lo que Yela y Úbeda significaron, a mi entender, en la transición operada, sencillamente y sin alardes, en el C.S.I.C. de aquella época. A partir de ellos, y *sencillamente*, como cosa obvia, se piensan los fenómenos psicológicos a través de un instrumento potenciador de naturaleza combinatoria [A], que los hace más inteligentes e inicialmente científicos. Se construyen las hipótesis sobre bases más sólidas que la simple observación, y se verifica experimentalmente su validez. Como los biólogos con el microscopio; o simplemente, como un tenista no lo es sin la raqueta.

Con la apostilla de que, siendo una aptitud humana la rescatada para el proceso, también la psicología, como le ocurrió al arte, se vuelve más humana.

Nota bibliográfica

- Harman, H. H. (1970), *Modern factor analysis*. Univ. Chicago Press.
- Kerlinger, F. N. (1973), *Foundations of behavioral research*. N. York, Holt, Rinehart and Winston.
- Secadas, F., (1995), Inteligencia y cognición, *Rev. de Psicol. Gen. y Aplic.* 48 (4), 511-537. (Homenaje a M. Yela).
- Secadas, F. (1976), Aportación al concepto de creatividad. *Innovación creadora*, 1, 22-39.
- Secadas, F., (1992), *Procesos evolutivos y Escala Observacional del Desarrollo: desde el nacimiento a la adolescencia*. Madrid, TEA.
- Secadas, F., (1999), *Formar la inteligencia*. Santiago de Compostela. (Contiene "La inteligencia en el arte").
- Secadas, F. (2001), Aprender a enseñar. (Revisado. En preparación).
- Secadas, F. (2001), *Del juego a la inteligencia*. (En preparación).
- Secadas, F., Román, J. M. y Sánchez, S. (2000), *Desarrollo de habilidades en niños pequeños*. Madrid, Pirámide.
- Secadas, F., Deaño, M. y Alfaro, I. (2001), *Contar es fácil*. (En prensa).
- Thurstone, L. L. (1924), *The nature of intelligence*, Londres, Harcourt Brace.
- Yela M. (1957; reeditado, 1997), *La técnica del análisis factorial*. Madrid, Biblioteca Nueva.